

NATIVIDAD CORRAL, *El cortejo del mal. Ética feminista y psicoanálisis*. Madrid, TALASA, Hablan las mujeres, 1996.

Hay una mala manera de creer tener derechos y una mala manera de creer que no se tienen.

Simone Weil

Natividad Corral caracteriza el propósito con el que comenzó este libro como histérico porque «[...] a fin de cuentas mi intento, no sé si muy consciente entonces, era agujerear, castrar, aquello que de discurso amo hay —cada vez en mayor medida como anticipó Lacan— en el feminismo, pero también en el psicoanálisis; y esto, para hacerle un hueco a mi discurso. Quizás ya no les interrogo como a amos, quizás esté en el camino de encontrar mi *habitación propia*»¹. De tal modo que el presente trabajo es una reflexión tanto de epistemología feminista, que toma por objeto la teoría psicoanalítica de la sexuación, como una reflexión de epistemología psicoanalítica que toma como objeto al feminismo y cuyo parámetro propio es el de la represión, esto es, aquello que oculta el discurso y que está presente en éste como lo negado, de la misma manera en que el negro lo está en el blanco de un negativo fotográfico: es su otra cara.

Antes de comenzar su discurso, la autora da cuenta del psicoanálisis al que se refiere —a saber, el lacaniano— y de lo que entiende por «feminismo». Para ello, hace un recorrido por las tesis más relevantes de las que considera las corrientes fundamentales del pensamiento feminista: el igualitarismo y el diferencialismo. De ambos feminismos dice que reprimen una determinada verdad —bien la diferencia sexual o bien la comunicación entre los sexos— y por tanto, son el síntoma que delata otra verdad: la carta que el Amo esconde, su impostura. Así que propone un feminismo paradójico: «[...] un feminismo de la igualdad en la diferencia absoluta entre seres sexuados; feminismo como radi-

calización y consecuencia de una ética del mestizaje»². Considera disparates éticos y epistemológicos el feminismo de la diferencia —fundado en lo imaginario— y el feminismo de la igualdad —fundado en un sujeto no sujetado, fantasmáticamente autónomo—, pues su propuesta consiste en un otro feminismo fundado en el sujeto sujetado del deseo. En cualquier caso, a pesar de que, dada la alianza del psicoanálisis lacaniano con la alteridad —que se empeñará en demostrar durante la primera parte del libro—, a lo largo de su discurso Natividad Corral romperá más de una lanza en favor de la diferencia. No será en pro del que ella considera el feminismo de la diferencia, porque dice sentir una afinidad ética mayor —aunque no con su ética racionalista— con las feministas «luchadoras por los derechos político-sociales» que con las «beatíficas chicas-naturaleza». Así, dice «[...] como feminista es más conveniente ejercer de histérica de a pie, reservando a la sublime mujer para ocasiones más felices»³.

Para lograr los citados objetivos, Natividad Corral desarrolla algunos puntos teóricos del psicoanálisis lacaniano con el fin de mostrar que arranca de la lectura más acertada y menos sexista de Freud. Para empezar, afirma que Lacan no parte de una concepción de la normalidad a la que el paciente deba ajustarse: el objetivo de la cura analítica no consiste en orientar a los sujetos hacia ningún ideal. La cura lacaniana es una cuestión no sólo de índole técnica, sino también ética. Es más, está convencida de que la práctica analítica pone en acto la emancipación de las mujeres que lo practican (lo mismo es cierto de los hombres, desde luego). La autora reconoce a Lacan como el gran esclarecedor del inconsciente porque lo muestra isomorfo al concepto de lenguaje concebido como estructura y porque logra equiparar los mecanismos del inconsciente freudiano (condensación y desplazamiento) a las figuras lingüísticas de la metáfora y la metonimia. Además, Lacan incluye al analista como una parte constitutiva del incons-

¹ N. CORRAL, *El cortejo del mal. Ética feminista y psicoanálisis*. Madrid, TALASA, Hablan las mujeres, 1996, p. 6.

² *Ibidem*, p. 16.

³ *Ibidem*, p. 15.



ciente en su versión de cadena significativa al vincular la transferencia con el concepto de Sujeto supuesto al Saber. Por otra parte, entre verdad y felicidad, el psicoanálisis lacaniano elige la verdad de la castración, pues lo incurable es el deseo humano. Así, en cierto sentido el lacanismo se suma a la crítica postmoderna del sujeto, pero no desde la desconstrucción de la subjetividad (la sugestión de una metonimia sin límite en ausencia de metáfora), sino mostrando que el sujeto racional moderno no es el último, puesto que se deriva del sujeto de deseo. Por otra parte, la noción de sujeto y de responsabilidad vinculan al psicoanálisis con la modernidad, ya que podríamos definir la ética del psicoanálisis como la responsabilidad de ser sujeto de deseo para hombres y mujeres.

Así, la autora insiste en la idea de que el acto analítico se encuentra intrínsecamente ligado a la contingencia del deseo e inscrito, por tanto, en la lógica del no-todo fálico. La ética del psicoanálisis es una ética del ser, no del deber ser. Se trata de la ética del deseo de diferencia absoluta, irrealizable sin acto analítico. Por otra parte, tras la cura, no se concluiría con un sujeto de deseo, garante de sí mismo en última instancia, sino con una identificación a la «figura obscena y feroz» del superyó, es decir, al inconsciente como ley absoluta, y por tanto, imposible de cumplir. Quizá por esto los psicoanalistas que se otorgan a sí mismos el lugar del sujeto que sabe —del Otro— necesitan otro del Otro, el super garante —Dios—, y forman una iglesia para protegerse del inconsciente.

La transferencia instaaura el Sujeto supuesto al Saber, que posibilita la formación del inconsciente como estructura significativa. El sujeto intenta cerrar su división amando al Sujeto supuesto al Saber, pero aunque en la cura lacaniana se parta de la división del sujeto, por imaginaria que ésta sea, se hace para llegar a la división del sujeto, si bien ya no imaginaria⁴. El

⁴ El final lógico de la cura lacaniana implica un cambio en lo más profundo del sujeto: su relación con el goce. Continúa siendo un sujeto dividido, como lo era al comienzo, pero con un saber sobre la causa

analista está obligado a encarnar el deseo del analizante, deseo del que el neurótico nada quiere saber, pues tal saber tiene el precio de la castración⁵. Ahora bien, el significativo bajo el que se inscribe el sujeto enajena al hablante un goce posible alienándolo a un goce ajeno, ilimitado: el goce del síntoma o goce *del* lenguaje —goce [del] Otro en Lacan, pulsión de muerte en Freud. Lacan propone que el significativo le aliena un goce al viviente al arrancarle de la fusión ilimitada, por indiferenciadora, con la madre. Fusión a la que se refiere Natividad Corral como «goce-del-viviente» —satisfacción pulsional en Freud. Sobre el yo caerá la represión originaria —represión «mítica», pues ¿cómo trasladar la experiencia prelingüística, pura alteridad, al lenguaje?—, sólo a partir de la cual cabrá hablar de represión secundaria en términos de repetición del mecanismo fundador del sujeto; repetición de la represión ante un reencuentro con la castración, en esta ocasión vinculada con la sexualidad genital, edípica o, lo que es lo mismo, ya inscrita en el lenguaje⁶. El carácter binario propio del lenguaje no puede sino generar en el hablante el descubrimiento del significativo (del lenguaje) como menos-de-goce. Con esta inscripción del sujeto en el lenguaje, el deseo es inseparable de la ley. El deseo, por tanto, es propio del hablante, no del viviente. Pero, aunque el significativo enajene al viviente su goce, ese goce-del-viviente no desaparece, queda atrapado en el lenguaje mismo. Así, dice la autora que el deseo humano que habita el lenguaje es tanto

de su división. Al separarse de los significantes amo que le alienaban, habrá perdido también, en cierto sentido, su identidad imaginaria.

⁵ Castración, o lo que es lo mismo, reconocimiento de su falta en ser —«reconocimiento» ya que el neurótico supo aunque «eligió» olvidar; la represión es el *no* tipo del olvido a la castración, al que precedió un *s-*.

⁶ La represión secundaria causa la neurosis exclusivamente donde existe un sujeto del inconsciente —donde hubo un sí a la castración. Es decir, allí donde hubo represión primaria (y no el rechazo que conduciría a la psicosis), donde hay deseo y no únicamente goce.



hijo del goce como de la ley, y por tanto, contradictorio: deseo de identidad e insatisfacción en la identificación⁷. El lenguaje inconsciente irrumpe en el discurso quebrando su sentido unívoco y añadiendo confusión y ambigüedad; el sentido de esta quiebra se revela al sujeto siempre *a posteriori* en la cura analítica, y muestra que el inconsciente se desplaza metonímicamente en el lenguaje, al que no abandona jamás por ser su otra cara. El lenguaje común no es más que una condensación del lenguaje por la que se desplaza metonímicamente el deseo.

Así las cosas, para el ser hablante hay un objeto perdido definitivamente: aquel que cumplía la exigencia de goce sin límite de la completitud en la fusión con el Otro primigenio. El lenguaje le enajenó ese goce atrapándolo en las redes significantes; aunque no todo, dejó un «plus de goce» que será causa del deseo. El deseo humano es inagotable; su paradigma es la insatisfacción histérica de un sujeto siempre a la búsqueda de un oscuro objeto de deseo. Así, mientras que el obsesivo sostiene al Amo en todas sus versiones, la histérica lo delata. Los obsesivos se han cuidado secularmente de mantener el orden, y, curiosamente, existe un orden inalterado: el orden patriarcal.

La autora insiste en la idea de que la maternidad ha resultado la mejor arma usada por el patriarcado, pero además se ha constituido en la coartada perfecta de las mujeres para eludir el vacío que engendra el deseo. Así lo muestra la noción de *affidamento* del feminismo italiano, que intenta ocultar la *partición* de la madre en beneficio de su autoridad omnipotente como cuidadora universal. El error de su simbolización consiste en superponer los conceptos psicoanalíticos de Madre Simbólica y madre fálica, probablemente para evitar el paso por la *metáfora del Nombre del Padre*: el sentido sexual que el inconsciente del niño o niña otorga a la ausencia de la madre, a su deseo no-todo satisfecho con el hijo o la hija y que posibilita la sexuación. La metáfora del Nombre del Padre es el más allá

lacaniano del complejo de Edipo freudiano, e introduce —allende la lógica freudiana del tener y el no tener— la lógica del ser. La Madre Simbólica es el agente de la frustración, de la falta imaginaria de un objeto real. La metáfora del Nombre del Padre está presente en la neurosis y en la perversión, sólo en la psicosis queda forcluida.

Para mostrar que el falocentrismo de la teoría lacaniana no significa privilegio alguno para el sexo masculino, Natividad Corral se empeña en mostrar cómo el objeto de la castración, esto es, el falo, no es un objeto real sino imaginario. El falo no existe, aunque el hablante imagine que ha de existir como respuesta a su demanda (exigencia absoluta de ser colmado, que surge en el registro de lo simbólico). Así que el falo del que habla Lacan es siempre detumesciente; falta tanto a hombres como a mujeres, pues se considera estructural la falta de objeto. Ambos sexos juegan a ser el falo a través del deseo del Otro y de su propio deseo, ambos entregan y reciben, ambos pierden y ganan en el interior del círculo. En estos intercambios no se decide sólo el ser sexuado, sino el ser subjetivo. Esta lectura es más atenta a la lógica del ser lacaniano, que muestra que nadie tiene, que nadie es y que no todo vale.

En la teoría lacaniana hay madre simbólica, real e imaginaria y padre simbólico, real e imaginario. Lo simbólico no queda del lado del padre, ni el goce del lado de la madre. Lo ideal (no en el sentido de lo que las mujeres deban hacer, sino una situación ideal de equilibrio entre los lugares estructurales para el feliz desenlace subjetivo, situación que nunca se dará en la realidad) sería una madre no-toda que, ocupando el lugar de la Madre Simbólica, permitiera el interrogante subjetivo denominado Deseo de la Madre y no lo obturase. Una madre que a su vez fuese no-toda goce de la madre, y así facilitase la metáfora del Nombre del Padre. Lo mismo podríamos decir para el padre, con respecto al cual afirma Lacan que, si la neurosis es algo, es una interrogación por el padre, ya que no hay padre empírico que esté a la altura de la función simbólica del Nombre del Padre. Así muestra la autora el sinsentido de la crítica que se le hace al psicoanálisis respecto a que la madre tenga la culpa de todo.

⁷ *Ibidem*, p. 46.

La identificación sexual es estructural al hablante por encontrarse estrechamente ligada a la metáfora del Nombre del Padre, que otorga un sentido sexual al Deseo de la Madre⁸. Pero Natividad Corral no se apoya exclusivamente en la identificación sexual para postular la diferencia de los sexos, sino que se basa más bien en la existencia del Otro goce —otro al goce fálico común— y en su aspecto más estrictamente pulsional o sexual. Y así es como inicia un clarificador recorrido por las que considera las aportaciones fundamentales del psicoanálisis laciano para el esclarecimiento de la cuestión de la diferencia sexual. Destaca la afirmación laciana: «La relación sexual no existe». No hay, ni puede haber, armonía sexual universalmente preestablecida porque el término «mujer» no es universalizable: «La mujer no existe». De hecho, lo que denuncia la histeria es precisamente el vacío entrañado en el significativo «Mujer». El superyó en las mujeres está tan a la vista que no se ve, son las mujeres mismas: es el simulacro por parte de tales sujetos de una deseada y siempre insatisfecha feminidad genérica. La histeria es la neurosis al desnudo, pues es la que mejor muestra la insatisfacción paradigmática del deseo humano. Por ello su discurso precede al del analista: su ética de denuncia al Amo es condición para la ética de la diferencia absoluta, hacer de la castración significativo sujeto. «La mujer no existe» señala que una mujer no se autoriza como mujer en el Otro (el Otro autoriza exclusivamente al goce común, fálico), sino en un goce peculiar e indecible. Las mujeres existentes forman un conjunto «definido» por extensión (una, más una, más una...). El ámbito de una mujer es la pura contingencia, que desmiente el dominio absoluto del Uno, de la neutralidad del goce significado por el significativo. Una mujer apoya en su propio goce su ser mujer, con lo cual, una mujer es una contingencia asumida. Así, la sola existencia de las mujeres delata la

incompletud del genérico «humano», agujerea definitivamente lo simbólico y lo hace desde dentro, pues no dejamos de ser humanas.

De este modo, Natividad Corral introduce las reflexiones llevadas a cabo por Lacan en *Más allá del Edipo* acerca del lado hombre —fálico, en el que todos/as nacemos, marcados por el Padre común, el lenguaje, el Uno— y de su preferencia por el lado mujer —el no-todo-fálico, que abre al hablante (sea cual sea su sexo biológico o de identificación) una puerta de salida. Por fuera de ambos lados —por fuera de la estructura neurótica— sólo queda la psicosis. Lacan señala que en las mujeres el malestar en la cultura está menos disfrazado porque el simulacro fálico nos engaña menos: a nosotras nos prohibieron lo que nos había sido negado⁹. Las mujeres hemos sido doblemente asesinadas por el Otro: la castración es doble, y por ello la resolvemos negándola. Una mujer es el hablante que ha logrado hacer de la castración sujeto; se encuentra con un goce suplementario, el Otro goce, que el Otro simbólico —el inconsciente de sentido, el lenguaje— no puede explicar porque sólo cuenta con un único significativo: el significativo fálico, el significativo de la falta de goce estructural al hablante, introducida por la neutralidad del lenguaje y que las funciones masculino y femenino imaginariamente velan. El Otro goce parece más propio de las mujeres, quizá porque las mujeres, por tener un «agujero», pueden hacer encarnación gozosa de la ausencia de ser, pero esto no significa que todos los humanos con identidad femenina se sitúen necesariamente del lado mujer (pues existen las normópatas o las deseantes), ni que situarse en este lado suponga no estar en el lado fálico. Afirmar que una mujer puede ser no-toda fálica significa que trasciende el límite fálico del todos iguales, la lógica del tener o del ser autorizán-

⁸ La sexuación no funciona en el psicótico porque en la psicosis no aparece la metáfora del Nombre del Padre.

⁹ Para el viviente ya era ingrato calzarse la alienación significativa en aras del amor del Otro, pero si encima el Otro no resulta ser amoroso, se hace casi imposible mantener esa alienación significativa hasta el final.

dose en el Otro, pero la trasciende desde dentro y no por fuera de la ley del lenguaje común. Pero también este goce no-todo tiene un peligro: la absolutización de la contingencia, contra la cual Lacan apunta el límite: autorizarse en el goce propio pero sin renunciar al deseo propio regulado por la lógica fálica del tener: salvar el sujeto que cada mujer es. El psicoanálisis lacaniano habla de «posición femenina», de «lado mujer», no de lo femenino ni de La Mujer y mucho menos de lo esencialmente femenino de La Mujer. El no-todo-sujeto universal de cada mujer (como de cada hombre, por otra parte) implica necesariamente que cada mujer es sujeto.

De este modo, el falocentrismo de Lacan supone simplemente aceptar la castración universal presente necesariamente en lo humano. El falo simbólico es mero semblante de ausencia, es el significante que encubre la falta, porque aunque es símbolo del deseo y símbolo del goce permitido por el Otro, es, por eso mismo,

más. Es también el no-todo deseo y no-todo goce autorizado desde una instancia ajena al sujeto pero presente en el sujeto. Partiendo, pues, de que el psicoanálisis lacaniano está del lado del no-todo, del lado mujer, Natividad Corral apuesta por un feminismo que no salve a la Humanidad, que no renuncie a la sexuación para no renunciar a la subjetividad (crítica al igualitarismo), que no renuncie a la subjetividad para no renunciar a la sexuación (crítica al diferencialismo), que hable para imponer silencio al amo (crítica al Feminismo), que sepa guardar silencio, que no admita mentiras, que sepa mentir, que delate los secretos, que vele lo secreto, un feminismo est-ético¹⁰. Se trataría de un feminismo paradójico, en el que la razón se sabría hija del deseo y la sexualidad humana subversora de las epistemologías falsarias del Amo.

Mercedes LÓPEZ JORGE
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna

¹⁰ *Ibidem*, pp. 179-80.